

La torre de Babel.

Querido hijo:

Espero que estés bien al recibo de ésta. Como nosotros, que gozamos de buena salud.

Te escribo estas cuatro letras, para decirte que tu madre salió de las fiebres y los catarros con bien, y que a mí, aún no me han apuntado con el dedo.

Y, ya que tengo la pluma entre ellos, aprovecho para contarte un poco de los sufridos en estas fiestas. Dirás que nada especial puede haber ocurrido y es verdad, pero ya sabes que todo se viste entre lo real y la añoranza, no digo entre la voluntad y la fantasía, porque a nuestros años ya...

Los músicos también han fallado.

Tú no lo recuerdas, casi no viviste las fiestas de aquellos años cuando, después de los actos religiosos, íbamos detrás de los gaiteros toda la cofradía a casa del piostre.

Allí, a su puerta, con más o menos privilegio, cada uno tomábamos un mantecado y bebíamos una copa de anís. Nada más y nada menos. Luego continuábamos a casa de los

dos cofrades mayores y en cada puerta éramos recibidos con el porrón lleno de vino y unos bollos.

No lo cuento por nada especial pero, como tú también has faltado en estas fechas, te lo hago saber para que lo guardes entre tus papeles amarillentos del olvido... porque el abandono es un armario que envejece todo lo que echas en él.

El cura llegó a su hora, y tocó las campanas para que acudiéramos a la misa del santo.

Como no hubo gaiteros, no acudieron a buscarlo. La música en fiestas era el aliciente y la rúbrica que les daba esplendor.

En aquellas antiguas fiestas, los músicos, después de pasar a recoger al piostre y a los cofrades mayores, al alcalde y a las autoridades, acudían, con todo el ceremonial de prebostes con báculo, a casa del cura y, dando la vuelta al pueblo, lo acompañaban a la iglesia...

Pero hoy, sin tanto protocolo ni solemnidad, hemos ido apareciendo todos, por las cuatro calles del pueblo, ordenada y perfectamente emparejados, menos Eustaquio, el mozo viejo que se acompaña del bastón para sujetar su cojera, y la Elvira que desde que enviudó está sola, sin decidirse por un asilo o por su soledad, o sea que cada uno fuimos llegando en solitario o en comandita con su mujer por sus calles respectivas...

En aquellas fiestas, el munidor ya se habría preocupado, con la ayuda del sacristán, de colocar los bancos para las autoridades en el pasillo central de la Iglesia...

Todos entrábamos por orden y, en cuanto pisábamos dentro, guardábamos silencio y nos destocábamos la boina o la gorra, según acostumbráramos cada uno, que de gustos y atuendos, aún siendo próximos no éramos similares. Ya sabes que nos diferenciábamos por eso de las herencias o de las sucesiones de familia...

Los gaiteros se quedaban en la puerta, a ambos lados, dándonos paso a las autoridades que, con porte señorial y distinguido, la atravesábamos por el medio como si fuéramos ministros.

En el pasillo central se colocaban en el banco de la derecha: el piostre, los dos hermanos mayores, los prebostes con báculos y el munidor; y en el de la izquierda las autoridades. El resto de la cofradía que, como bien sabes, éramos todos los vecinos del pueblo nos situábamos en los bancos al final de la iglesia...

Cuando entraba el último, se callaban los músicos y subían a ocupar su puesto en el coro. Las mujeres ya estaban todas en sus reclinatorios con las velas encendidas en sus banquillos, ocupando las naves cruzadas de la iglesia, delante de los hombres, pero detrás de los chiquillos y las chiquillas...

Pero ahora tampoco hay niñas, niños, ni muchachos...

La misa era solemne, de tres, que se decía entonces.

Hoy ha sido como cualquier día del año, sin distinción ninguna. Como hacía frío, con cuatro palabras nos ha despachado y, como el santo es casi un desconocido, ni lo ha nombrado.

Te digo que, sin gaiteros, se le quita mucha solemnidad a la fiesta.

¿Para qué hacer la procesión sin un acorde ni una melodía que acompañe al santo?

Claro que tampoco éramos suficientes para portarlo...

No hay jóvenes ni gentes maduras.

Tu madre llevó unas flores para colocarlas delante de él, en su elevado nicho y, para eso, hemos tenido que pedir ayuda a todo el pueblo.

El tío Leoncio agarraba la silla por la que me he subido a una mesa que sujetaba el tío Hermógenes, y, encima de la mesa, hemos colocado otra silla que aguantaba con sus poderosas manos el tío Gabriel, y, desde ella, he alcanzado a colocar las flores en su lugar...

Me he mantenido en pie sobre esta torre de Babel, donde estábamos representadas todas las lenguas del pueblo, aunque estuviéramos silenciosas y muy calladas, porque mis acrobacias los mantenían en suspenso.

En un esfuerzo, estirando los brazos, he conseguido colocar el ramo en su sitio; te diré que mi seguridad pendía de las oraciones de tu madre recitadas con un movimiento de labios callados. Las demás mujeres me indicaban, más a la derecha... endereza esa flor que se cae... el verde de hiedra desparrámalo para que llene...

Ya les he dicho que, para otras veces, si no estáis gentes más jóvenes, que no preparen flores, que para evitar el peligro, lo mejor es no ponerme en esa tesitura tan de titiritero equilibrista...

Y es que, tu madre y yo somos los más jóvenes, de las diez almas que sobrevivimos, y, claro, para qué llamar a los gaiteros si ninguno vamos a bailar en la plaza...

¡Si entre los cinco y nuestras mujeres no hacemos un cuarto para las celebraciones...!

Casi sería cosa de risa... El santo portado por todos con un cojo sobrante, preparado por si se debiera echar una mano o prestarnos el bastón, y las mujeres atentas a los cánticos y el cura detrás sin tener a quien bendecir ni hisopar... ¡Imagínate!

Pero... por conservar algo de aquello, aún hicimos una ronda, casa por casa, recordando lo del anís, el porrón y los bollos...

Un poco calamocanos quedamos al final pero, bueno, hicimos una fiesta a nuestro modo...

Lo importante es que, en ese rato, nos olvidamos de los males que vamos padeciendo y se sufren día a día...

¡Ojalá al año que viene nos acompañes! Porque parece que caerá en fin de semana...

Tu madre no pone nada, aunque, aquí la tengo, observando por encima de mi hombro y dictándome casi todo el escrito.

Sin más que decirte, recibe los besos de tu madre y un abrazo de tu padre...

Mariano de Labros e Hinojosa